

# **Pensamiento Cristiano**

**Temas para la reflexión**

(Año 2008)

Pastor José M. Martínez  
Dr. Pablo Martínez Vila

# Pensamiento Cristiano

## *Temas para la reflexión*

Una colección de los «Temas del mes» del año 2008  
del website «Pensamiento Cristiano»

**José M. Martínez**, reconocido líder evangélico español, ha servido al Señor durante treinta años como pastor de una gran iglesia en Barcelona (España). Ha desarrollado también una amplia actividad como profesor y escritor de materias bíblico-teológicas. En la actualidad, es presidente emérito de varias entidades evangélicas y prosigue activamente su labor literaria, altamente valorada, tanto en España como en Hispanoamérica. También a través de Internet está ampliando su ministerio con el website titulado «Pensamiento Cristiano».

El Dr. **Pablo Martínez Vila** ejerce como médico-psiquiatra desde 1979. Realiza, además, un amplio ministerio como consejero y conferenciante en España y muchos países de Europa. Muy vinculado con el mundo universitario, ha sido presidente de los Grupos Bíblicos Universitarios durante ocho años. Actualmente es presidente de la Alianza Evangélica Española, y vicepresidente de la Comunidad Internacional de Médicos Cristianos.

**Pensamiento Cristiano** es un website de testimonio evangélico. En él se informa de la obra literaria de José M. Martínez y su hijo, Dr. Pablo Martínez Vila. A través de esta obra fluye el pensamiento evangélico de los autores sobre cuestiones teológicas, psicológicas, éticas y de estudio bíblico con aplicaciones prácticas a problemas actuales.

Website: <http://www.pensamientocristiano.com>

Los **libros** de José M. Martínez y Pablo Martínez Vila se pueden obtener en la **Tienda Online** de **Pensamiento Cristiano** en la dirección <http://tienda.pensamientocristiano.com>.

## Índice

Enero 2008 – ¡Volverá...!	3
Febrero 2008 – ¿Quién soy yo...?	6
Marzo 2008 – La gran paradoja de la cruz	7
Abril 2008 – ¡Resucitó...!	10
Mayo, Junio, Julio 2008 – Proclamando la esperanza de Cristo al mundo	12
Septiembre 2008 – Vanidad de vanidades... ¿todo vanidad?	19
Octubre, Noviembre, Diciembre 2008 – La fuerza de la debilidad	22
Libros de José M. Martínez	30
Libros del Dr. Pablo Martínez Vila	30
Folletos de José M. Martínez	30

Copyright © 2008, Pastor José M. Martínez y Dr. Pablo Martínez Vila

Se autoriza la reproducción, íntegra y/o parcial, de los artículos que salen en este documento, citando siempre el nombre del autor y la procedencia (<http://www.pensamientocristiano.com>)

## ¡Volverá...!

Todavía está fresca en nuestra memoria la celebración de la Navidad. Todavía nos gozamos en el hecho inefable de que «de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Jn. 3:16) y que «en el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo al mundo, nacido de mujer (...) a fin de que recibiésemos la adopción de hijos» (Gá. 4:4-5). Estas dos afirmaciones contienen lo esencial de nuestra salvación: nuestra reconciliación con Dios y nuestra adopción como hijos en la familia divina, el perdón de nuestros pecados, la dádiva del Espíritu Santo para nuestra santificación y consolación, la confianza en que Dios escucha y tiene en cuenta nuestras oraciones, las promesas de Cristo como fuente de gozo y paz. Cualquier creyente medianamente familiarizado con los textos del Nuevo Testamento sabe cuán grande y cuán gloriosa es la salvación que Cristo vino a efectuar.

Sin embargo, su obra sería incompleta si no tuviera una dimensión escatológica, una proyección de futuro glorioso; muchas promesas de Cristo quedarían sin cumplimiento y nuestra fe entraría en zonas de incertidumbre; algunas preguntas quedarían sin respuesta. Por ejemplo, sabemos que, a la luz de muchos textos del Nuevo Testamento, la muerte física no agota la experiencia del cristiano; es una liberación que nos permite ascender a la casa del Padre (Jn. 14:3) y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor (Fil. 1:20-23). Pero ¿es eso todo y lo más importante?

Un hecho histórico puede ayudarnos a entender lo que Dios tiene reservado para el porvenir eterno más allá de la muerte física: El General norteamericano Douglas McArthur, comandante en jefe del ejército americano en las Islas Filipinas durante la segunda Guerra Mundial, recibió la orden del Presidente Eisenhower de abandonar las Islas Filipinas, donde se encontraba, y trasladarse a Australia como medida estratégica frente al empuje de las tropas japonesas. En el momento de su partida tuvo sólo dos palabras: «Me voy, pero volveré», emocionante promesa de que recuperaría las islas mencionadas. Se cumplió su primera palabra, cuando los japoneses seguían cosechando victorias y avances. Pero después se cumplió igualmente la segunda. ¡Y McArthur volvió!

De modo análogo, el Señor Jesucristo se fue. Dejó la tierra para volver al Padre en las alturas de la gloria y del poder sin límites. En su ausencia física los enemigos se han multiplicado; sus discípulos también han sido humillados y maltratados. Pero «aún no es el fin» (Mt. 24:6). «Es necesario que Cristo permanezca en el cielo hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas» (Hch. 3:21), lo que equivale a decir: hasta la victoria definitiva.

### La luz del futuro eterno

El Señor Jesucristo mismo amplió el horizonte de nuestra salvación con el anuncio de su regreso. Muchas de sus parábolas ilustran esa verdad, y algunas de sus declaraciones en sus discursos proféticos la exponen con claridad meridiana (Mt. 24:29-46). El apóstol Pablo abunda en referencias a ese evento, especialmente en sus dos cartas a los Tesalonicenses, y en 1 Corintios 15 amplifica el cuadro de la segunda venida con una exposición minuciosa de la resurrección de los creyentes en él (1 Co. 15:16, 1 Co. 15:35-57). La conclusión resumida de la enseñanza bíblica es el mensaje de los ángeles a los discípulos en el momento de la ascensión de Jesús: «Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo» (Hch. 1:10-11).

Ese evento glorioso irá acompañado de acontecimientos impresionantes, entre ellos la resurrección -o transformación- de los creyentes que hayan muerto previamente (1 Ts. 4:13-17). Este milagro pondrá de manifiesto la energía vivificadora de Cristo: la corrupción dará lugar a la

incorruptión; el deshonor, a la gloria; la debilidad, al poder; la herencia de Adán, a la herencia en Cristo (1 Co. 15:42-49); las cosas viejas, a las nuevas. Entonces se cumplirá la afirmación de Dios en su trono: «He aquí, yo hago nuevas todas las cosas» (Ap. 21:5).

### Significado de la segunda venida

El advenimiento de Cristo en gloria pone de manifiesto verdades tan gloriosas como consoladoras:

#### *La historia tiene unos límites*

Los seres humanos somos dados a especular en torno al curso de la historia. ¿Es ésta controlada y dirigida por los seres humanos? ¿Es fruto de ideologías más o menos determinantes del curso de los acontecimientos? ¿Es previsible o es en gran medida fruto del azar o de una conjunción de factores que escapan al pensamiento y la acción de quienes la dirigen?

En respuesta a esos interrogantes la revelación cristiana nos presenta unos límites. Hay muchos hilos en el tejido de la historia que los hombres no pueden fabricar, ni romper o anular. Están en las manos de Dios. Los discípulos que se habían reunido el día de la ascensión de Jesús, le hicieron una pregunta llena de carga histórica: «Señor, ¿restituirás el reino a Israel en este tiempo?», a lo que Jesús respondió: «No os toca a vosotros conocer los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola potestad» (Hch. 1:6-7). No es menos aleccionador el diálogo de Jesús con Pilato. Ante el silencio del preso, el gobernador romano le pregunta: «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte y poder para soltarte?» Respuesta: «Ninguna autoridad tendrías contra mí si no se te hubiera dado de arriba» (Jn. 19:10-11). ¡Concluyente! Los poderes de los hombres tienen unos acotamientos que nadie puede violar. La historia misma aporta suficientes ejemplos de la verdad que entraña esa afirmación.

Napoleón creyó que se haría dueño absoluto de Europa. Se equivocó. Acabó sus días desterrado y preso en la isla de Santa Elena. Carlos Marx pensó que el socialismo científico que propugnaba transformaría el mundo; pero sus seguidores más distinguidos, Lenin y Stalin, durante el siglo XX, convirtieron su doctrina en plataforma de una cruel dictadura; finalmente el comunismo del siglo XX se desplomó como un castillo de naipes. Hitler tuvo el convencimiento de que el III Reich alemán sería un imperio milenarista; y a lograrlo dedicó todos sus esfuerzos. ¿Resultado? La segunda Guerra Mundial con millones de muertos; y la destrucción de media Europa. Él mismo acabó sus días suicidándose. Mala cosa es dejarse dominar por la arrogancia y el falso endiosamiento sin respetar los linderos fijados por la soberanía de Dios.

#### *Cristo, clave de la historia*

En el libro del Apocalipsis, revelación de Jesucristo, se muestra lo que ha de suceder en el curso del tiempo. Todo está contenido en un rollo sellado que nadie puede abrir. Solamente el «Cordero» (Cristo) tiene potestad para ello (Ap. 5:1-6, Ap. 5:12-13). El apóstol Pablo complementa este revelamiento en su primera carta a los Corintios: «Es preciso que Cristo reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies (...) Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a él, claramente se exceptúa aquel que sujetó a él todas las cosas. Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas para que Dios sea todo en todos» (1 Co. 15:25-28).

Es obvio que en el tiempo presente la situación del mundo pone de relieve que esa visión está lejos de cumplirse, cosa que no debe sorprendernos. La historia de la humanidad, desde la caída de Adán, ha sido -y es- una historia de rebeliones. Pablo sintetiza las características del hombre con dos palabras: «impiedad» e «injusticia» (Ro. 1:18). La impiedad distingue la deteriorada relación del hombre con Dios. La injusticia pone al descubierto los males que se derivan de ella en

las relaciones con el prójimo.

La situación de la humanidad, que desde el punto de vista material ha ido progresando, pone al descubierto, a ojos vistas, el deterioro moral de la sociedad en prácticamente todo el mundo: ambición, odios, violencia, desamor. Pese a todo, el rollo de la historia está en las manos de Cristo y todo avanza hacia la consumación de la era presente. Con el nacimiento de Jesús se hizo patente que, paso a paso, los planes de Dios se van cumpliendo, en la vida de los individuos y en la de los pueblos. Muy pronto las palabras y las acciones de Jesús apuntaron a una obra de reconciliación del hombre con Dios, obra de salvación en el sentido más amplio. El modo como esa salvación se realizó no pudo ser más maravilloso; tampoco más enigmático. Fue el fruto de una inaudita humillación: «Cristo, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y hallado en su porte exterior como hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose a sí mismo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil. 2:6-8).

Esa humillación prosigue aún hoy en la vida de sus discípulos, muchos de ellos despreciados, vejados, perseguidos hasta la muerte. Pero eso no es el fin de la historia. El fin está descrito en la segunda parte del cántico de Fil. 2:6-11: Después de la humillación, la exaltación de Cristo «hasta lo sumo», el otorgamiento del «nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla... y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre» (Fil. 2:9-11).

Lo que al presente es para los creyente motivo de esperanza, en la conclusión de la historia será esplendorosa realidad. Así será, a pesar de las pruebas presentes y de la aparente tardanza del retorno.

El Señor dice: «Ciertamente vengo en breve».

Por eso la Iglesia, peregrina, clama: «Amén, sí, ven, Señor Jesús» (Ap. 22:20).

*José M. Martínez*

## ¿Quién soy yo...?

Esta fue la pregunta que un día se hizo David (1 Cr. 17:16). Revelaba mucho más de lo que a primera vista podía parecer. No era un simple reconocimiento de pequeñez o indignidad ante la grandeza de la gracia de Dios -que lo era-. En el fondo entraña un enfrentamiento con la propia identidad de cada ser humano.

En el fondo, cuando se ahonda en la cuestión con seriedad, difícilmente puede evitarse un estremecimiento interior, pues la pregunta en cuestión lleva aparejada otra no menos inquietante: Al «Quién soy yo» sigue el «qué soy yo». Llegados a este punto, las preguntas se multiplican: ¿Soy un simple átomo flotando en la inmensidad del universo o soy un ser diseñado por un Creador maravilloso? ¿Soy fruto de un azar ciego o de un propósito divino, sabio y bondadoso? ¿Soy un creyente fervoroso o un agnóstico enredado en un ovillo de dudas? ¿o soy ambas cosas alternativamente? Las reflexiones van sucediéndose y las conclusiones pueden variar según prevalezcan la fe o la incertidumbre.

Viene a mi mente un poema del pastor alemán Dietrich Bonhoeffer escrito en la cárcel poco tiempo antes de ser ejecutado en 1945 por su testimonio de cristiano comprometido. El título de dicho poema es precisamente el mismo que encabeza este artículo:

*¿Quién soy yo? me preguntan con frecuencia  
(...) ¿Soy realmente lo que otros hombres dicen de mí  
o soy solamente lo que yo mismo de mí conozco?  
¿Quién soy yo? ¿éste o el otro?  
¿Soy una persona hoy y otra mañana?  
¿Soy ambas a un tiempo, un hipócrita ante otros  
y ante mí mismo un cobarde despreciable?  
¿O es que aún hay algo en mí comparable a un ejército derrotado  
que, desordenado, huye de la victoria ya alcanzada?  
¿Quién soy yo? Se burlan de mí estas solitarias preguntas mías.  
Pero, quienquiera que sea, tú sabes, oh Dios, que soy tuyo.*

Podrían multiplicarse esas disquisiciones y otras parecidas; pero importa poco lo que yo, u otros como yo, piense de mí. Lo importante es lo que piensa Dios. Como el salmista sé que Dios me ha examinado y conocido aun en lo más recóndito de mi ser y en lo más escondido de mi conducta (Sal. 139:1-2). Esta realidad tiene mucho de inquietante, pues veo cuánto hay en mí que le ofende. Pese a todo, él me ama hasta el punto de entregar a su Hijo a la muerte para expiar mis pecados y así asegurar mi salvación. Ahora ¿qué soy yo? Un hijo suyo, heredero de una gloria eterna.

Si me examino a la luz de mi pensamiento y de mis sentimientos, descubro mucho que es reprochable. Puedo hacer mía la confesión del cisterciense Guillermo de Teodorico: «Me miro, me discierno, me juzgo, y me convierto en una laboriosa y tediosa cuestión para mí mismo». Pero todo cambia cuando me examino como Dios me ve: a través de su Hijo amado y de sus méritos infinitos. Entonces descubro no sólo que soy un hijo amado de Dios, sino que él me ve «santo, santificado en Cristo» (1 Co. 1:2) que quiere guardarme y usarme para su gloria en su obra de extensión del Evangelio.

¿Quién y qué soy yo? - Un hijo de Dios rescatado del pecado y la condenación para servirle en la expansión de su Reino. No puede haber mayor privilegio. Ni mayor bendición.

¡Gracias, Señor, por hacer de mí lo que realmente soy!

José M. Martínez

## La gran paradoja de la cruz

*A otros salvó; a sí mismo no se puede salvar (Mt. 27:42)*

La cruz, en el correr de los siglos, se ha convertido en símbolo del cristianismo, signo honroso que inspira respeto y reverencia. Pero no siempre es vista como símbolo del acontecimiento más grandioso registrado en la historia humana. Con motivo de la Semana Santa, la cruz vuelve a ser actualidad. Por ello nos parece conveniente recordar en estos días algunos de sus aspectos más esenciales. En el mensaje de la cruz radica el corazón del Evangelio de tal manera que una buena comprensión del mismo va a ser determinante en nuestra actitud hacia Cristo: cuanto mejor comprendamos su significado e implicaciones, tanto mayor será nuestro amor por el Señor y nuestro compromiso con Él. Y ésta es, a su vez, la mayor necesidad de muchos creyentes e iglesias hoy. Si llegáramos a vibrar de nuevo como Charles Wesley al componer su conocido himno «Cómo en su sangre pudo haber tanta ventura para mí...», no estaríamos lejos de un avivamiento.

En los días de Cristo la cruz era sinónimo de patíbulo; para los judíos, símbolo de ignominia y maldición (Gá. 3:13). Estaba reservada para los reos más abominables y era temida no sólo por los intensos sufrimientos físicos que causaba, sino también por la degradación moral que comportaba. Sin embargo, una cruz fue la meta de la carrera de Jesús.

No es de extrañar que en el mundo greco-romano del primer siglo la predicación apostólica, centrada en Cristo crucificado (1 Co. 2:2), fuese despreciada por muchos; les parecía un absurdo insostenible, un skándalon (locura) rechazado por los sabios de este mundo. Pero lo que para los incrédulos era motivo de burla, para los creyentes en Cristo (1 Co. 1:21-31) era el mayor motivo de gloria. Así la cruz vino a ser la más admirable de las paradojas. Analicémosla atentamente:

### «A otros salvó»

La obra de salvación realizada por el Señor Jesucristo estaba en consonancia con su nombre: «JESÚS» (Salvador - Mt. 1:21). Con honda percepción espiritual y con absoluta transparencia verbal explicó Juan el carácter salvífico de la venida de Cristo al mundo: No para condenarlo, sino «para que el mundo sea salvo por él» (Jn. 3:17).

Durante los días de su ministerio público salvó a muchos:

- ◆ En el sentido físico: Ciegos, sordos, parálíticos, epilépticos, leprosos fueron milagrosamente sanados, incluso algunos muertos fueron resucitados por él.
- ◆ En la restitución moral de otros. ¡Cuántos hombres y mujeres pudieron dar testimonio de la maravillosa transformación de sus vidas! Publicanos como Mateo y Zaqueo; hombres respetables como Nicodemo; mujeres como la que, en casa del fariseo Simón, confesó con lágrimas de arrepentimiento lo inmoral de su vida pasada y obtuvo el perdón de aquel que vino a llamar no a los justos, sino a los pecadores que se acogen mediante la fe a la misericordia perdonadora de Dios.

Este elemento moral es básico en la acción salvadora de Cristo. Multitud de personas se pierden porque se consideran suficientemente buenas para merecer su justificación delante de Dios. ¡Cómo necesitaban la enseñanza de Jesús, ante quien no cabe la diferencia entre buenos y malos, entre pecadores y salvados! El Señor dice: «Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente» (Lc. 13:1-4).

Gracias a Dios porque sus brazos paternos están siempre abiertos, como los del padre del hijo pródigo, para recibir al hijo que vuelve a él confesando su locura de abandonar la casa

paterna para vivir «su vida». Asimismo Cristo es el buen pastor que, al echar en falta a una de sus ovejas, dejando las noventa y nueve cobijadas en el redil, va en busca de la descarriada hasta que la encuentra y la salva. «Porque el Hijo del hombre vino a buscar y salvar lo que se había perdido (Mt. 18:11). Sin embargo,

### «A sí mismo no se pudo salvar»

¿Era posible? Todos los recursos del poder de Dios estaban a favor de su Hijo. Así se puso de manifiesto desde el momento mismo del nacimiento de Jesús, cuando Herodes trató de acabar cruelmente con él. En Nazaret, tras su predicación en la sinagoga, los líderes religiosos intentaron en vano acabar con su vida por lapidación. En Jerusalén se intentó apresarle y matarlo. Y en la hora suprema de su vida podía haber movilizado doce legiones de ángeles para impedir su apresamiento y su muerte. Pero Jesús no pidió a su Padre ser liberado de la malevolencia del sanedrín judío, de la debilidad de Pilato, gobernador romano, y del fanatismo fiero del pueblo. En la cruz está solo. Ningún ángel le acompaña; ningún discípulo le apoya.

Al parecer, en el Calvario, Jesús no encarna el poder del Dios Todopoderoso, sino la debilidad humana más absoluta. Así, sumido en la soledad y la impotencia, muere el que era Rey de cielos y tierra. Sólo tenía fuerzas para clamar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt. 27:46). En aquel momento, Jesús no es visto como el Hijo amado, sino como el gran desamparado. ¡Paradoja! ¡Misterio!

De las tenebrosidades del Gólgota ¿puede surgir alguna luz que ilumine el acontecimiento más trascendental de la historia? ¿Es posible que una tragedia tremebunda -la crucifixión del Hijo de Dios- se haya convertido en fundamento glorioso de la salvación?

### La explicación de la paradoja

Para entender la imposibilidad de que Cristo se salvase de los horrores de la crucifixión es indispensable que nos remontemos a los orígenes de la humanidad, a la relación entre Dios y el hombre, el Creador y la criatura. Dios había hecho todo lo necesario para que el ser humano fuese feliz en el admirable escenario del Edén: A la plácida comunión de Adán y Eva con su Hacedor, se unía la comunión de ambos entre sí. También el trabajo de cuidar la naturaleza -el jardín edénico- sería fuente de placer. No obstante, la primera pareja debía tener muy claro que su bienestar dependía de su dependencia de Dios y del acatamiento de sus santas leyes. Si la relación del hombre con Dios había de ser una bendición, el hombre tenía que mantenerse en la doble actitud de obediencia y gratitud. Este ideal, no obstante, se malogró por la ambición de Adán y su mujer. Tentados a ser como Dios, desobedecieron el mandato divino de no comer el fruto del árbol del bien y del mal; lo cual equivalía a hacerse dictaminadores de lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto; llanamente, a vivir a su antojo.

Esto era un acto gravísimo de rebeldía contra el Creador -el mayor de los pecados-. Y la rebeldía había de ser castigada con la justa retribución que sufrieron Adán y Eva y su descendencia. De este modo «el pecado entró en el mundo», y con el pecado la muerte. (Ro. 5:12-13). Pero la condenación no era el destino final de Adán. El Creador iba a ser también Salvador de los pecadores. El pecado no quedaría borrado en virtud de la misericordia divina. Era necesaria la expiación mediante un sacrificio que Dios pudiera aceptar como válido para que se abrieran las puertas del perdón y la reconciliación. Pero el único sacrificio aceptable a ojos de Dios era el de su Hijo amado, segundo Adán, «a quien Dios propuso como propiciación por medio de la fe en su sangre (...) con la mira de mostrar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo y el que justifica a los que creen en Jesús» (Ro. 3:25-26). «Así pues, como por la transgresión de uno (Adán) vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno (Cristo) vino a todos los hombres la justificación de vida.» (Ro. 5:18-19).



A la luz de estos textos bíblicos y de otros muchos, se aclara el misterio de nuestra redención. «El que no conoció pecado fue hecho pecado por nosotros para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Co. 5:21). Ahora entendemos por qué Jesús no pudo salvarse a sí mismo. La paradoja resplandece con luminosidad celestial. Nos maravilla tanto amor, tan abnegada entrega. Lo hizo por mí. Y por muchos millones de seres humanos que hoy cantamos:

*Jesús crucificado, mi Salvador, mi paz  
fija en tu amor mi vista, junto a ti quiero estar.  
Tu muerte, tu agonía, tu terrible penar  
tener presente quiero y humilde contemplar.*

*José M. Martínez*

## ¡Resucitó...!

Si, como vimos en el Tema del Mes de marzo, la muerte de Jesús en la cruz es la base de nuestra salvación, su resurrección es la garantía de la misma; constituye el punto de partida en la historia del cristianismo y el sólido fundamento de nuestra fe. Refiriéndose a este magno suceso declaró el apóstol Pablo: «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación; vana es también vuestra fe» (1 Co. 15:14). Toda la portentosa estructura de la teología cristiana se cuarteada, incluso se desmorona, y el testimonio apostólico se hunde en la categoría del mito. Pero, como añadió Pablo, «lo cierto es que Cristo ha resucitado» (1 Co. 15:20). Todos los intentos de algunos teólogos y de historiadores críticos han fracasado cuando han tratado de explicar científicamente el milagro; no han podido aclarar de modo satisfactorio el mensaje del sepulcro vacío, la realidad de que el Cristo de los Evangelios, después de haber muerto, volvió a la vida conforme a lo que él mismo había anunciado a sus discípulos (Mt. 20:19).

Admitida la certeza de la resurrección de Jesús, el cristiano se goza en las implicaciones prácticas que del suceso se derivan. Exponemos las más sobresalientes:

### La resurrección de Cristo y la salvación del creyente

Un aspecto esencial de la salvación es la justificación (Ro. 5:19), es decir, la acción de Dios de declarar justo al pecador. Para muchos de nuestros contemporáneos el concepto de pecado suena a música medieval; exceptuados los delitos y faltas punibles por la ley humana, todo lo demás es considerado como escrúpulo de una conciencia morbosa. Sin embargo, hay formas de comportamiento que torturan a multitud de personas con sentimientos de culpa. Si a ello añadimos la conciencia de pecado derivada de la indiferencia o la desobediencia en su relación con Dios, veremos que el pecado no es una bagatela, sino una anomalía grave que Dios quiere corregir mediante la fe en virtud de la muerte expiatoria y la resurrección de su Hijo amado (Ro. 5:9-10; Ro. 8:33-34). Sobre esta base, Dios declara justos a todos los que creemos en Cristo, y «justificados por la fe, tenemos paz para con Dios» (Ro. 5:1). Esta salvación es avalada por la resurrección del Salvador. En palabras del apóstol Pablo: «Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros» (Ro. 8:34).

### La resurrección y el señorío de Cristo

Cada vez que invocamos a Cristo como «Señor» confesamos su autoridad. Esa confesión no es la mera expresión verbal de un título glorioso; es el reconocimiento de que nuestra vida ha de estar seria y gozosamente sometida a su soberanía. De no ser así, caemos en la inconsistencia reprobada por Jesús mismo: «No todo el que me dice "Señor, Señor" entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mt. 7:21).

La obediencia a Cristo es fruto de la gratitud, y ésta, a su vez, de la muerte propiciatoria del Salvador: «El amor de Cristo gobierna nuestras vidas desde que sabemos que uno murió por todos... y que, por consiguiente, todos han muerto. Y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Co. 5:14-15). Pablo es radical cuando declara que «ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí, pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así, pues, ya sea que vivamos o que muramos, del Señor somos. Porque Cristo para esto murió y resucitó y volvió a vivir, para ser Señor, así de los muertos como de los que viven» (Ro. 14:7-9).

Esa vida, así consagrada al Señor, constituye el honor más sublime a que el creyente puede aspirar. ¿Qué mayor honra que estar al servicio del Rey de reyes? Aguda visión espiritual han demostrado los creyentes que, a semejanza de Moisés (He. 11:24-27), han rechazado riquezas, gloria, poder para dedicarse a alguna forma de ministerio cristiano, aunque a simple vista parezca

una pérdida, una degradación.

### **La resurrección de Cristo y la esperanza de sus redimidos**

También la escatología cristiana tiene como sólido fundamento la resurrección de Jesús. Pedro nos lo recuerda cuando bendice al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos hizo renacer para una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de los muertos (1 P. 1:3). Y Pablo anima a los creyentes de Colosas con la perspectiva de la manifestación de Cristo al final de los tiempos: «Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria» (Col. 3:4).

Esta esperanza infunde gozo inefable y glorioso en el corazón del creyente, gozo que subsiste aun en medio de las más difíciles pruebas (1 P. 1:6-8; Ro. 8:37; 2 Co. 4:14-18). El enriquecimiento espiritual que proporciona la esperanza cristiana sería imposible si Cristo no hubiese resucitado. Con gran realismo y vigor ardoroso describe Pablo -como hemos visto- la vacuidad de la fe cristiana si Cristo no hubiese resucitado (1 Co. 15:13-19). «Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos» (1 Co. 15:20). A partir de ese suceso todo cuanto acontece en la vida del creyente, de la Iglesia o del mundo está iluminado con la gloria del poder que triunfa sobre el sepulcro. Nada ni nadie podrá extinguir jamás el esplendor de esa gloria.

Ha sido costumbre hondamente arraigada en la Rusia ortodoxa saludarse el día de Pascua con la afirmación «El Señor ha resucitado», frase a la que las personas saludadas responden: «Verdaderamente ha resucitado». Atinada confesión de fe que debiera brotar no sólo de los labios, sino del corazón de todo cristiano. ¿Brotó del mío?

*José M. Martínez*

## Proclamando la esperanza de Cristo al mundo

*Este artículo es la transcripción de la predicación del Dr. Pablo Martínez Vila en la clausura del VII Congreso Evangélico Español (celebrado en Barcelona en Diciembre 2007).*

«Dejad toda esperanza». Así rezaba el letrero colgado a la entrada del infierno de Dante («La Divina Comedia»). Ésta parece también la situación de muchas personas hoy para quienes la vida se ha convertido en un infierno porque han perdido sus esperanzas. Y es que el ser humano vive de esperanza; la esperanza constituye el motor de la vida, es lo que nos mueve-motiva. Todos, cristianos y no creyentes, estamos de acuerdo en que la esperanza es indispensable para vivir. Dos citas nos recuerdan esta realidad:

- ◆ Albert Camus, pensador existencialista ateo: «Quien no tiene esperanza y es consciente de ello, ya no tiene porvenir».
- ◆ Emil Brunner, teólogo protestante: «La esperanza es a la existencia humana lo que el oxígeno es para los pulmones. Sin oxígeno, uno muere de asfixia. Sin esperanza, uno sufre por la sofocación de la desesperación, debido a un sentimiento de vacuidad, de lo absurdo de la vida».

Sólo la esperanza puede dar sentido a la vida y arrojar luz a los rincones más oscuros de la existencia. La falta de esperanza es un morir ya en vida. Pero la cuestión esencial es *qué esperamos* –o mejor aún– *en quién esperamos* y si nuestra esperanza tiene alguna base. Por ello, queremos en este artículo mirar más alto y más lejos, allá donde los ojos de la fe nos ayudan a encontrarnos con el Dios de esperanza y proclamar esta realidad al mundo.

### La esperanza en tiempos de desesperación

Antes de proclamar el mensaje de esperanza en Cristo, hemos de conocer a nuestro destinatario, la sociedad en la que nos toca vivir. Sólo si conocemos su situación, sus necesidades y problemas, lograremos ser relevantes. Por ello debemos considerar, aunque someramente, **el contexto actual**:

«El pesimismo, el cinismo y el escepticismo son la atmósfera de la Europa contemporánea. El optimismo moderno basado en la idea de progreso (que caracterizó los últimos 50 años) se considera hoy un mito ingenuo. La Europa de hoy ha sido profundamente moldeada por un siglo de baños de sangre» (Stuart Mc Allister, apologeta evangélico contemporáneo). Algunas de estas sangrientas páginas las tenemos muy cerca en el tiempo; tal es el caso de la atroz matanza de Srebrenica, en la ex Yugoslavia, donde en un solo día fueron ejecutados todos los varones del pueblo, desde adolescentes hasta ancianos, dejando la escalofriante cifra de 6000 muertos a sangre fría.

Sí, la situación del mundo hoy se caracteriza por el temor y el escepticismo ante un futuro con muchos nubarrones y pocas señales de esperanza. ¿Es una afirmación exagerada, alarmista? No, hay evidencias muy cercanas –quizás en nuestras familias o en nuestras ciudades– de que el progreso moral del hombre no ha ido parejo a su avance material y científico. He aquí unos pocos ejemplos que son la consecuencia práctica de esta crisis:

- ◆ La depresión, según la OMS, es la tercera enfermedad en importancia hoy, y dentro de 20 años, ocupará el segundo lugar.
- ◆ El suicidio se ha convertido en una verdadera plaga entre la juventud, siendo la

primera causa de muerte entre los 18-25 años.

- ◆ La violencia y la agresividad en sus múltiples formas (escolar, doméstica, bandas juveniles etc.) están creando una situación de alarma en muchas ciudades donde el destruir por destruir es casi un «hobby».
- ◆ Los trastornos de ansiedad afectan a un 20% de la población en España.
- ◆ La fragilidad de las relaciones, en especial las más básicas y significativas como el matrimonio y la familia, abocan a muchos a la inseguridad sobre el futuro. La filosofía del «nada a largo plazo» destroza vidas y familias al minusvalorar y hasta ridiculizar la idea de compromiso y de fidelidad.

Si vivir con esperanza es siempre importante, se torna imprescindible en épocas de crisis. Decía el pensador español Unamuno: «De la desesperación es de donde nace –ha nacido siempre– la verdadera, la auténtica esperanza. La desesperación es el suelo de donde nace la esperanza verdadera, esa que va creando la fe que se espera».

Unamuno tiene parte de razón: cuando el hombre toca fondo, de ahí puede surgir esperanza; pero, esta «función esperanzadora de la desesperación», ¿es suficiente? ¿lleva a alguna parte? Según el pensador francés Edgar Morin, no es así: «Nos sentimos perplejos y desorientados desde que sabemos que no somos más que una bola de fuego que gira como una peonza en medio del espacio celeste».

Veamos ahora en qué consiste la esperanza que queremos proclamar a esta sociedad en crisis, ¿cuál es su contenido? El texto de Romanos 15:13 nos responde a tres preguntas básicas sobre la esperanza:

- ◆ ¿De dónde viene? Su origen.
- ◆ ¿Cómo se manifiesta? Sus efectos.
- ◆ ¿Cómo se consigue? Su aplicación personal.

## El origen de la esperanza: Dios

«*El Dios de esperanza...*» (Ro. 15:13a)

Dios mismo es nuestra esperanza, Él en persona: «para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo... alumbre los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado...» (Ef. 1:17-18).

La Historia desde el punto de vista bíblico es *la historia de una esperanza*, la esperanza de la salvación. Desde el principio Dios ha sido el dador de la esperanza:

Primero, a **un hombre**. El Dios personal busca al ser humano caído en el Edén para darle una palabra de esperanza: la primera promesa mesiánica (Gn. 3:15). Dios busca al hombre: ahí tenemos, por cierto, una diferencia singular entre el cristianismo y cualquier otra religión: una religión humana es el conjunto de esfuerzos que el hombre hace por llegar a Dios; va de abajo arriba. El cristianismo es exactamente lo contrario: el esfuerzo que Dios ha hecho por llegar al hombre (He. 1:1), va de arriba abajo. Por tanto, no todas las religiones son iguales.

Después, la esperanza se hace extensiva a todo **un pueblo**: «Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, pensamientos de paz y no de mal, para daros el fin que esperáis» (Jer. 29:11).

Finalmente, culmina en Cristo y se hace extensiva para **toda la humanidad**: «Dios nos hizo renacer para una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo... para una herencia

incorruptible, incontaminada e inmarcesible reservada en los cielos para vosotros» (1 P. 1:3-4).

Por ello, esta doxología (Ro. 15:13) constituye a la vez un resumen y una conclusión lógica de toda la epístola a los Romanos. Empezaba su argumento central con aquellas memorables palabras: «El Evangelio es «poder de Dios para salvación a todo aquel que cree...» (Ro. 1:16) y termina proclamando la esperanza inigualable de este mensaje.

Ahora bien, ¿qué esperanza proclamamos? ¿En qué consiste? Veamos el contenido, la sustancia de nuestra esperanza en Cristo. El texto nos presenta dos grandes facetas, inseparables como las dos alas de un pájaro:

- ◆ Esperanza para hoy: su dimensión presente.
- ◆ Esperanza para el futuro: su dimensión eterna.

### Los efectos presentes de la esperanza: Vidas transformadas

«...os llene de todo gozo y paz...» (Ro. 15:13b)

La esperanza no es algo hueco, un mero misticismo, una ilusión futura. Tiene unas consecuencias prácticas en la vida de cada día. En su sentido más literal de esperar, tiene una aplicación presente. Podríamos decir que tiene *la mirada puesta en el cielo, pero los dos pies en suelo*.

La esperanza de Cristo es el antídoto, el remedio para la desesperación de este mundo por varias razones:

#### **Por su contenido: Gozo y paz**

Se mencionan dos ingredientes esenciales:

**El gozo.** Es mucho más que alegría. Tener gozo no es lo mismo que estar contento. Los cristianos también lloran. El gozo fruto del Espíritu va más allá de un sentimiento. Es la actitud de Pablo y Silas en la cárcel de Filipos cuando, a pesar de tener el cuerpo magullado y dolorido por los azotes, «a medianoche, orando cantaban himnos a Dios» (Hch. 16:25). Pablo mismo resume lo que es el gozo cristiano en el formidable pasaje de Romanos 8:28-39, himno de cabecera de muchos creyentes a lo largo de los siglos: «Somos más que vencedores en Cristo».

**La paz.** No es la ausencia de problemas. Nuestra sociedad define la paz en un sentido negativo: no tener tensiones, «déjame en paz». La paz de Cristo es distinta: «mi paz os dejo... no como el mundo la da... en el mundo tendréis aflicciones, pero no temáis, yo he vencido al mundo». La paz de Cristo no es la ausencia de problemas, sino la presencia de Cristo en medio de estos problemas.

El concepto hebreo (*shalom*) es muy rico: denota un estado de serenidad, de bienestar interior, de armonía. El concepto moderno de salud (OMS) se acerca mucho a la idea bíblica de paz, probablemente está inspirada en ella.

Si la esperanza nos llena de gozo y de paz, ello tiene unas consecuencias visibles en la vida diaria. Mencionamos sólo una por su actualidad, hoy que tanto se habla de «calidad de vida»:

«Los creyentes viven más años y tienen más calidad de vida» (conclusión de la tesis del psiquiatra David Larson, autor de más de 130 artículos académicos, uno de los investigadores más destacados en la investigación entre religión y salud mental, quien trabajó durante 10 años en el Instituto Nacional Americano de Salud Mental).

Por lo demás, el cristiano no es sólo beneficiario de la paz, sino agente de paz, promueve la paz, como veremos en la dimensión comunitaria de la esperanza.

### ***Por su abundancia: Plenitud de vida***

La esperanza de Cristo es singular no sólo por su naturaleza o calidad, sino también por su cantidad, es abundante. El apóstol habla de plenitud: «el Dios de esperanza os llene...». Estar llenos de gozo y de paz nos recuerda la plenitud de vida a la que se refirió el mismo Señor Jesús en una de sus declaraciones más trascendentes: «He venido para que tengan vida y vida en abundancia» (Jn.10:10). El vocablo griego *perisson* es un comparativo cuya traducción literal sería «más abundantemente», o también «extraordinario, magnífico, superior, distinguido».

El deseo de Cristo es darnos «calidad de vida» en su sentido más completo: espiritual, por supuesto, pero también en todas las facetas de nuestra existencia la voluntad de Dios para nosotros es una vida «magnífica, superior». De este modo, la esperanza de Cristo sustituye el «vanidad de vanidades» de tantas personas hoy sumidas en la desesperanza por un gozoso «plenitud de plenitudes».

Ello nos lleva a una reflexión: la imagen que a veces damos como cristianos se aleja demasiado de esta abundancia de gozo y paz; en vez de estar plétóricos de esperanza, parecemos contagiados por el pesimismo del mundo; enfatizamos tanto algunos aspectos del discipulado como la renuncia, el sacrificio, que damos la impresión de que la vida cristiana es algo triste, poco atractivo. La esperanza de Cristo es lo más opuesto a algo lúgubre o aburrido. Y ahí precisamente radica uno de sus secretos para transformar vidas. Veamos un ejemplo:

«Conocí a dos personas que confesaban ser cristianos y, a pesar de ello, se distinguían por su elevada intelectualidad y por lo rebosante de su vida. Esto me atrajo para estudiar con ellos la persona de Jesús» (Theodor Bovet, destacado psicoanalista y consejero matrimonial).

Incluso Albert Einstein, quien no era cristiano, llegó a afirmar: «Soy judío, cierto, pero la figura radiante de Jesús ha producido en mí una impresión fascinadora... en realidad solo hay un lugar en el mundo donde no vemos ninguna oscuridad: es la persona de Cristo».

### ***Por su dimensión comunitaria: Relaciones nuevas***

La esperanza cristiana no es una experiencia individual, una bendición para disfrutar a solas. También aquí el cristianismo se diferencia de otras religiones, en especial de las llamadas «nuevas espiritualidades». Éstas, bajo la influencia de la Nueva Era y de las religiones orientales, se centran en el ego y promueven experiencias religiosas básicamente individuales, «que me haga sentir bien a mi».

No es así con la esperanza de Cristo; Pablo lo deja bien claro: «...para que abundéis en esperanza...» (Ro. 15:13). Es como un tesoro a compartir y está íntimamente relacionada con el otro gran pilar del mensaje cristiano: el amor. La esperanza, el amor y la fe –las llamadas virtudes teologales– forman un racimo inseparable entre sí e inseparable de la vida comunitaria. El creyente que nace de nuevo, nace también a un mundo de relaciones nuevas, las relaciones de la familia de la fe. Por esta razón, el Evangelio tiene poder para transformar no sólo vidas, sino también comunidades y familias.

Dos ejemplos destacados nos ilustran esta realidad: en Argentina las cárceles que están «gestionadas» por cristianos evangélicos –muchas veces por los mismos internos cuyas vidas han sido transformadas por el Evangelio– tienen un índice de conflictividad muy bajo y han llegado a ser un modelo muy positivamente elogiado por las autoridades y los medios de comunicación de

este país. Algo muy similar ocurre en una prisión de Sudáfrica considerada como muy «peligrosa» antes del impacto del poder transformador de Cristo.

El otro ejemplo es la conversión de guerrilleros de movimientos terroristas en Perú, con cambios tan espectaculares en la vida y conducta de hombres antes muy violentos que sólo se puede explicar por un poder sobrenatural. Sustituir la metralleta por la Biblia de un día para otro no es algo fácil.

La vida cristiana nunca puede limitarse al ámbito de lo privado; ciertamente tiene una dimensión personal e íntima, pero por su misma esencia –el Evangelio es una «buena nueva»– lo natural es compartirla. Ésta es la explicación al llamado «proselitismo», tan mal visto por nuestra sociedad que intenta encerrar y limitar el testimonio cristiano al ámbito de lo privado. Al evangelizar el cristiano no busca hacer adeptos a su religión para ganar algún mérito personal, sino «abundar en esperanza», es decir compartir la «perla de gran precio» que un día encontró y que ha transformado su vida. El quedárselo para uno mismo sería la negación misma del Evangelio. Ésta es la razón por la que proclamamos –«*proclamar* = gritar delante de»– esperanza en Cristo.

### Los efectos futuros de la esperanza: La visión de la fe

*«Yo viviré esperándote, esperanza» (Miguel de Unamuno)*

Hasta aquí hemos considerado los resultados presentes de la esperanza, sus efectos aquí y ahora. Sin embargo, en su dimensión más propia la esperanza mira al futuro. Como ya se ha dicho, «la esperanza tiene los dos pies en el suelo, pero la mirada en el cielo». Ahí es donde entra en acción la fe, el tercer «lado» de este incomparable triángulo de la vida cristiana: fe, esperanza y amor (caridad). La fe es la base de este triángulo, el fundamento en el que se basa la esperanza: «Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera» (He. 11:1, 26). Se trata de una vinculación lógica pues «la esperanza que se ve no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos» (Ro. 8:24–25).

Pero, ¿puede surgir la esperanza de un simple esfuerzo humano, personal o colectivo? ¿Es la esperanza una mera confianza en los demás o en que las cosas irán mejor en el futuro? «No hay tarea más urgente que la de devolver un poco de esperanza a aquellos que ya no la tienen... Nos falta esperanza porque nos falta fe». Las palabras de este periodista en el periódico francés *Le Figaro* apuntan a la diana correcta: sin fe no hay esperanza. La cuestión es: ¿fe en qué o en quién? Ello nos lleva al final de nuestras consideraciones y, al mismo tiempo, al meollo del mensaje cristiano.

¿Qué esperamos en el futuro? Esperamos a una persona: Cristo. La segunda venida en gloria del Señor Jesús es el ancla de la esperanza cristiana. Pablo nos lo deja claro en su carta a Tito: «Porque la gracia de Dios se ha manifestado... aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y salvador Jesucristo» (Tit. 2:11-13; ver también 1 P. 1:13 entre otros).

Ahí radica la gran diferencia entre la esperanza de las ideologías humanas –la utopía del marxismo, por ejemplo– y también la de las religiones orientales cuya esperanza consiste en una difusa supervivencia de algo llamado «espíritu», en un estado donde el ser humano pierde su individualidad para perderse en una fusión cósmica con el Universo o para reencarnarse en otra vida futura. El cristiano, por el contrario, aguarda una relación personal con Cristo –en el Cielo– juntamente con todo el pueblo de Dios (Ap. 21). Según nos enseña Ro. 8:23, esta expectativa tiene dos rasgos distintivos: «...y también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo».



Aguardamos:

- ◆ **La adopción como hijos.** Uno de los privilegios esenciales del cristiano –Dios es mi Padre- alcanza su clímax en el Cielo. Aquí en la tierra tenemos ya un anticipo; podemos dirigirnos a Dios como «el Padre nuestro que estás en los cielos», el Abba. Pero esta relación tan personal alcanzará su máximo esplendor cuando «Dios mismo estará con ellos como su Dios, y enjugará toda lágrima...» (Ap. 21:4). ¡Incomparable privilegio el ser llamado hijo adoptivo de Dios!
- ◆ **La redención de nuestro cuerpo.** El cristiano no cree en la mera supervivencia del alma, sino en la resurrección del cuerpo. Hay muchas cosas que no sabemos sobre la vida futura en el cielo, pero una sí es segura: de forma tan misteriosa como cierta vamos a conservar nuestra identidad personal. Yo seguiré siendo yo. Ello será así por cuanto la imagen divina en nosotros hace que cada uno sea único e irrepetible a ojos de Dios. De ahí deriva la santidad de la vida humana, es decir que nadie puede matar a otro ser humano (Gn. 9:6). El Cristo resucitado tenía un cuerpo; era un cuerpo glorificado, pero aun así conservaba las cicatrices del martirio en la cruz y Mará Magdalena fue capaz de reconocerle por la voz.

Sí, la esperanza es inseparable de la fe personal en Cristo. No se alimenta de la nada ni surge espontáneamente del «suelo de la desesperación». En Él se hacen plena realidad las palabras del salmista: «Contigo está el manantial de la vida; En tu luz veremos la luz.» (Sal. 36:9).

Esta esperanza que se alimenta de la fe cambia por completo nuestra visión y nuestra reacción ante:

- ◆ *La brevedad y la fragilidad de la vida:* «Ciertamente es completa vanidad todo hombre que vive, ciertamente como una sombra es el hombre» (Sal. 39:5-6). Al contemplar la vida como un tránsito hacia una «patria mejor», puedo mantenerme «gozoso en la esperanza y sufrido en la tribulación» (Ro. 12:12).
- ◆ *El dolor y el temor a la muerte:* «no lloréis como los que no tienen esperanza». La esperanza en Cristo no nos hace inmunes al dolor de la separación o a otras formas de sufrimiento. Pero el cristiano tiene la certeza de que en el drama de la vida hay un segundo acto. Y en esta segunda parte, a la que llegaremos en breve porque la vida es un pasaje corto, nos aguarda «una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible reservada en los cielos para vosotros» (1 P. 1:3-4).
- ◆ *El sinsentido del sufrimiento humano.* Puede que ahora hayamos de sufrir «por un poco de tiempo» (1 P. 1:6). Pero el latigazo del sufrimiento –sea cual sea su forma de presentación- queda relativizado por la perspectiva de su final seguro. En la cruz, Dios le puso fecha de caducidad al sufrimiento: «Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Ro. 8:18).

Todo ello transforma nuestra actitud y nos trae consuelo. La visión de la esperanza es la visión de la eternidad y abre ante nuestros ojos una perspectiva que deviene bálsamo para el corazón herido y le da sentido a la vida.

El himno «Habita en mí», escrito por un sencillo creyente inglés en su lecho de muerte, nos proporciona un excelente resumen del consuelo que reporta la esperanza en Cristo:

*Habita en mí, Señor, vive conmigo  
La tarde tristemente se apresura,  
Condensan las tinieblas la pavora  
Y estoy contento porque pienso en ti.*

*¿Dónde se halla, oh muerte, tu aguijón punzante?  
¿Dónde, se encuentra, oh tumba, tu victoria  
He de triunfar y te veré en la gloria  
Si habitas, oh Señor Jesús en mí.*

A modo de conclusión, y de forma muy breve, no podemos omitir una parte del versículo que es esencial: «en el creer... por el poder del Espíritu Santo».

Todo lo dicho hasta aquí no es obra humana, es una obra realizada por el Espíritu Santo. La esperanza alcanza su clímax en la cruz vacía –la resurrección de Cristo- pero se hace visible en Pentecostés. La aplicación de la esperanza a la vida del creyente es una experiencia sobrenatural, no un logro humano. De ahí la necesidad de depender de Dios para ir recibiendo por la acción del Espíritu Santo la esperanza de Cristo. Toda la Trinidad está implicada.

En el pasaje profético de Is. 61:1-3 se dice de Cristo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón... a consolar a todos los enlutados... a ordenar que a los afligidos se les dé gloria en lugar de ceniza... manto de alegría en lugar de espíritu angustiado...». Éste es el mensaje de esperanza que sigue vigente y ésta es la esperanza que proclamamos hoy al mundo en el siglo XXI.

La fidelidad de Dios en el pasado es la base de nuestra esperanza para el futuro, por cuanto en Él no hay «mudanza ni sombra de variación» (Stg. 1:17). Por todo ello, como David al considerar el carácter transitorio de la vida (Sal. 39:7), nosotros también exclamamos:

*«Y ahora, Señor, ¿qué esperaré? Mi esperanza está en ti».*

*Dr. Pablo Martínez Vila*

## Vanidad de vanidades... ¿todo vanidad?

### El secreto de una vida feliz

*«Vanidad de vanidades, dijo el Predicador;  
vanidad de vanidades, todo es vanidad.» (Ec. 1:2)*

Las palabras de este versículo no fueron escritas por un agnóstico o un filósofo existencialista. Brotaron de la mente y los labios de un predicador (Ec. 1:1) que había ahondado en el sentido de la vida «debajo del sol» con todas sus paradojas y contradicciones. Fruto de sus reflexiones es una cadena de conclusiones deprimentes. Las ha elaborado con gran objetividad a la luz de sus variadas experiencias personales, expuestas en los primeros diez capítulos del libro de Eclesiastés. Y todas esas experiencias conducen a la misma conclusión: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad», lo que equivale a «vacuidad», es decir «vacío». Vacío y desilusión es el trabajo con que se afana el hombre (Ec. 1:3). Vacío -o vanidad- la sucesión de generaciones humanas (Ec. 1:4). Carencia de sentido en lo rutinario del vivir cotidiano (Ec. 1:5-7). «Todas las cosas dan fastidio, más de lo que el hombre puede expresar» (Ec. 1:8). Y a partir del versículo 8, el texto de Eclesiastés es una exposición de sucesivas frustraciones: la futilidad de la sabiduría humana (Ec. 1:17), el placer (Ec. 2:1), la abundancia de posesiones materiales (Ec. 2:10).

Prosigue el predicador la exposición de males y frustraciones que acompañan a las experiencias más variadas del ser humano, todo lo cual culmina con la enigmática experiencia de la muerte.

Ni aun la vida más favorecida por el bienestar está exenta de días oscuros y de duro sufrimiento. Es aleccionador el testimonio del eminente poeta alemán Johan W. Goethe: «Me llaman mimado de la fortuna, y no me quejo del curso de mi vida. Sin embargo, todo ha sido fatiga y dolor. Puedo decir con verdad que en setenta y cinco años no he disfrutado ni cuatro semanas de verdadera satisfacción». No es de extrañar que filósofos existencialistas como Sartre o Camus hayan visto la vida humana envuelta en la más negra oscuridad y que algunos de ellos hayan visto el suicidio como única salida coherente. No es de extrañar que tal visión de falta de sentido de la vida mueva a un número creciente de personas a visitar la consulta de psiquiatras o psicólogos.

Después de casi tres mil años, los problemas de la existencia humana siguen planteándose al hombre de hoy con la misma inquietud, y con idéntica amargura, que para los contemporáneos del Predicador salomónico. Si observamos nuestra existencia objetiva y friamente, a la luz de nuestra deficiente sabiduría, nos resultará muy difícil escapar a su conclusión: «Todo es vanidad». Todo vacío y tedio. Todo punzante insatisfacción.

Pero en el fondo la conclusión del libro es mucho más luminosa de lo que puede parecer a primera vista. A pesar de todas las vanidades, no induce a la desesperación. Más bien aconseja disfrutar con moderación y sensatez de los goces que todavía puede ofrecer la vida. Todo ello bajo la soberanía de Dios y la autoridad de sus leyes. Así se deduce de la conclusión del libro: «El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre» (Ec. 12:13).

### Plenitud de plenitudes... ¡todo plenitud!

Don Miguel de Unamuno gustaba de contraponer la plenitud a la vanidad. Había mucho de verdad en esa contraposición. No todo es vacío y desilusión. Hay algo -Alguien- que con la plenitud de sus dones colma de satisfacción a quienes confían en él y le siguen. Ese Alguien es el Dios que se reveló en su Hijo eterno, Jesucristo. De él declara Cristo mismo: «Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia» (Jn. 10:10). Posiblemente estas palabras de

Jesús inspiraron al apóstol Juan a escribir: «De su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia» (Jn. 1:16). ¿Plenitud de qué?

### ***Plenitud de sabiduría***

A los redimidos por la sangre de Cristo Dios se nos concede como don preciadísimo «toda sabiduría e inteligencia» (Ef. 1:8). Obviamente no se refiere esta sabiduría a la posesión de grandes conocimientos científicos o a capacidad para formular intrincados sistemas filosóficos. La sabiduría, en su sentido bíblico, tiene un carácter moral y espiritual. La verdadera sabiduría es la que se obtiene de la revelación de Dios en Cristo. Hondamente iluminadoras son las palabras de Jesús en una de sus oraciones: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas de los sabios y de los entendidos y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó. Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre, y nadie conoce perfectamente al Padre, sino el Hijo y aquellos a quienes el Hijo lo quiera revelar (...). Venid a mí...» (Mt. 11:25-28).

En Cristo, el creyente que va a él descubre no sólo plenitud de sabiduría, sino también

### ***Plenitud de paz***

Es la paz que mostró el Señor Jesucristo en los momentos más próximos a su pasión y muerte. Aquella hora sombría de su vida era propicia al temor y el temblor; pero Jesús, con serenidad insólita, dice a sus discípulos: «la paz os dejo; mi paz os doy» (Jn. 14:27). «Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción, pero tened ánimo, yo he vencido al mundo» (Jn. 16:33).

Es comprensible que los apóstoles predicaran «la paz por medio de Jesucristo» (Hch. 10:36) y que uno de ellos -Pablo- recomendara la oración intensa para obtener sosiego en todo tipo de circunstancias «y la paz de Dios, que sobrepasa a todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús» (Fil. 4:6-7).

### ***Plenitud de gozo***

En la vida del creyente, la paz viene íntimamente relacionada con el gozo. Ambas realidades aparecen de forma consecutiva en la descripción del fruto del Espíritu (Gá. 5:22). La paz de Cristo genera gozo y éste, a su vez incrementa la paz. Palabras del Señor Jesús: «Estas cosas os he hablado para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea cumplido» (Jn. 15:11). Este ingrediente de la felicidad no podía faltar en la relación Maestro-discípulo, Señor-siervo. En la vida de los seguidores de Cristo no faltan oposición y tribulaciones, pero al final «todo se torna en gozo» (Jn. 16:20).

### ***Abundancia de esperanza***

En la vida del cristiano no todo acaba en desilusión, en «vanidad» y amarga frustración. Con sabiduría excelente, el escritor sagrado escribe el final de su discurso: «Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre» (Ec. 12:13), lo cual abre una avenida amplísima de esperanzas. Así lo puede ver el lector si leyó los tres últimos temas del mes de «Pensamiento Cristiano». Un resumen muy apretado del tema lo encontramos en el capítulo 8 de la carta a los Romanos, considerado el himno más formidable de la esperanza cristiana.

A la «vanidad de vanidades» de Eclesiastés contraponen Pablo la culminación de su mensaje: «La creación perdió toda su razón de ser, no por propia voluntad, sino por aquel que así lo

dispuso;, pero le quedaba siempre la esperanza de que también la creación misma serrá liberada de la servidumbre de la corrupción a la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Ro. 8:20-21, DHH).

***¡Glorioso triunfo de la gracia de Dios!***

*José M. Martínez*

## La fuerza de la debilidad

### «Cuando soy débil, entonces soy fuerte»

«*Mi gracia te es suficiente; porque mi poder se perfecciona en la debilidad*»

El apóstol Pablo se vio afectado por un «aguijón», esto es, una forma de sufrimiento prolongado, intenso y que limitaba su ministerio. No sabemos con exactitud qué era esta espina, aunque todo apunta a una enfermedad crónica, posiblemente relacionada con la vista. En este escrito no vamos a centrarnos en el *qué* del aguijón, sino en *cómo* lo afrontó el apóstol, en especial cómo consiguió encontrar fuerzas en medio de su situación de sufrimiento.

La primera reacción de Pablo fue lógica y natural: le pide al Señor que le quite el aguijón. Ante una situación de sufrimiento es legítimo pedir que Dios lo elimine si es su voluntad. Hasta el Señor Jesús mismo pidió al Padre que «si es posible, pase esta copa de mi, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya». Pablo oró «tres veces», expresión que no hay que tomar de forma literal sino que más bien significa «numerosas veces» tal como apuntan muchos comentaristas. Sin embargo, la respuesta a esta oración ferviente y prolongada no es la liberación, sino la provisión de lo necesario para vivir con gozo su situación de sufrimiento crónico. *¡Dios no le quita, le da!* Esta idea es esencial para comprender cómo ve Dios nuestros aguijones. Para nosotros la «solución» consiste en eliminar el problema. La visión de Dios, sin embargo, es muy distinta: para él lo más importante no es la ausencia de sufrimiento, sino su presencia en medio de este sufrimiento y los recursos que tal presencia conlleva. ¿Cuáles son estos recursos?

La respuesta viene en dos frases, cada una de las cuales alude a sendos recursos para aceptar el aguijón: la gracia y el poder. De hecho, ambas están íntimamente relacionadas porque el poder -o fortaleza- es una consecuencia de la gracia. Observemos, ante todo, el énfasis del texto en el *origen divino* de ambos recursos. Lo que en español aparece como un simple adjetivo posesivo «mi», en el original es un genitivo cuya traducción literal sería: «el poder de mí» y la «gracia de mí», estructura gramatical que busca resaltar su procedencia. Este énfasis confirma nuestro argumento: hay unos recursos que trascienden la capacidad del ser humano, van más allá de cualquier técnica psicológica o de medidas sociales. Son los recursos que vienen de Dios y que sólo se consiguen a través de una experiencia espiritual.

#### **Gracia: «Mi gracia te es suficiente»**

Estamos ante una de las frases más luminosas de toda la Biblia. Esta afirmación, tan breve como poderosa, ha sido fuente de consuelo a miles de creyentes afligidos por debilidades y pruebas. Ahí tenemos el meollo de la lucha contra el aguijón. Ésta era la lección fundamental que Pablo necesitaba aprender. La palabra «gracia» se alza majestuosa en medio del pasaje cual clímax insuperable. Estamos aquí tocando la cúspide de la montaña. El sufrimiento crónico es un largo camino, tortuoso a veces, difícil. Pero ahora tenemos ante nuestros ojos el final del trayecto: «mi gracia», esta gracia que no es un frío concepto teológico, sino el poder de Dios operando de formas muy concretas en la persona y en sus circunstancias. La gracia nos lleva ante la majestad misma de Dios porque, como escribió Tomás de Aquino en la *Summa Theologica*, «la gracia es, ni más ni menos, que un cierto principio de gloria en nosotros».

Cabe preguntarse por qué Dios le responde a Pablo de forma tan escueta. ¿Qué pueden hacer cinco palabras ante tantos años de lucha interior, de sufrimiento inexplicable? Parece legítimo deducir que Dios, con su rotunda brevedad, quiere enfatizar que hay *un solo* camino para la victoria final ante el aguijón. Podemos parafrasear la frase de Jesús a Marta y aplicarla a la gracia: «afanado y turbado estás por el aguijón, pero *una sola cosa* es necesaria. Te basta mi

gracia».

¿Qué significa, entonces, esta expresión «mi gracia te es suficiente»? Y, sobre todo, ¿cómo influye en la aceptación del aguijón? Tal como señalan algunos comentaristas, la palabra gracia aquí alude a «la ayuda del Espíritu Santo que viene como parte del favor inmerecido de Dios». Así pues, no estamos sólo ante el precioso don de Dios que un día nos salvó -la gracia salvífica-, sino ante el inmenso caudal de ayuda práctica que Dios nos proporciona cada día. *La gracia es el conjunto de recursos sobrenaturales que vienen de Dios gratuitamente y que nos permiten luchar contra el aguijón con un poder divino.* Ahí radica la diferencia esencial entre la persona creyente y la no creyente al afrontar el sufrimiento: en sus recursos. La situación de aguijón puede ser la misma, pero el creyente tiene unos medios de los que carece la persona sin una fe personal en Dios. Más adelante consideraremos estos valiosos instrumentos que la gracia contiene.

¿En qué sentido la gracia es *suficiente*? Pablo recibe justo lo necesario para que la aceptación sea «de buena gana» (2 Co. 12:9) y «con gozo» (2 Co. 12:10). No se trata de *soportar* el aguijón o de *sobrevivir* en medio de la prueba. Esta actitud *no es suficiente*. Mal asunto cuando aceptamos las espinas a regañadientes, sólo porque no hay más remedio. Dios no quiere esta aceptación forzada más cercana a la resignación estoica. El nivel de suficiencia que Dios pide es mucho más alto: Él no quiere hijos «gruñones», sino «más que vencedores» en expresión memorable de Pablo (Ro. 8:37).

#### **Poder: «Porque mi poder se perfecciona en la debilidad»**

La segunda frase viene introducida con un «porque». Se trata de una explicación que amplía la afirmación anterior. Probablemente Pablo -hombre que ya antes había sido transformado por la gracia divina en otras facetas de su vida- no necesitaba esta aclaración, ¡pero nosotros sí! El Señor no se limita a decirle que se conforme con su gracia, como si fuera una orden. La frase no está en imperativo: «te ordeno que...». Dios no es un déspota autoritario. Cual padre que busca no sólo consolar, sino también convencer, le ofrece un argumento poderoso. La persona en lucha con su aguijón necesita explicaciones que son imprescindibles para una aceptación genuina. Por ello la exhortación va acompañada de una explicación convincente: «mi poder se perfecciona en la debilidad». Aquí radica el secreto que nos ayuda a entender por qué la gracia de Dios nos basta. No es sorprendente que este pasaje se haya convertido en escudero inseparable y fuente de inspiración permanente para todos los que sufrimos a causa de un aguijón.

#### **La gran paradoja: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte»**

Por pura lógica, una debilidad es un obstáculo para cualquiera, una limitación. Así concebía Pablo su aguijón al principio. La lección que el apóstol debe aprender ahora es que Dios piensa exactamente al revés. No se trata sólo de que la espina no estorba al Todopoderoso, sino que precisamente es ahí -en la debilidad- donde el Señor puede manifestar su poder. Y aún es más, este poder divino se perfecciona, se hace «completo», en esta debilidad. Por ello Pablo afirma: «...por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades para que repose sobre mí el poder de Cristo» (2 Co. 12:9).

Nos ayuda a entender esta paradoja una ilustración que Jesús mismo utilizó. Él dijo de sí mismo «yo soy la luz del mundo... la luz en las tinieblas resplandece» (Jn. 8:12; 1:5). La luz de Cristo puede brillar con mucha más intensidad en mis momentos de oscuridad, en la penumbra del dolor. Es en «la noche oscura del alma», expresión usada por Juan de la Cruz y otros místicos españoles, que empezamos a comprender esta gran paradoja: en el túnel sombrío de mi aguijón -cuando soy débil- la luz de Cristo alcanza su máximo fulgor porque nada la enmascara. Entonces soy fuerte porque cuanto mayor es la oscuridad, tanto más brilla su luz.

En realidad, esta idea apunta a un tema trascendental que va mucho más allá del problema

del aguijón. Contiene un principio vital en la relación del ser humano con su Creador. Un gran obstáculo para acercarse a Dios es sentirse fuerte, autosuficiente. Las fantasías de omnipotencia - el deseo de ser como Dios- han sido una constante en la historia de la humanidad desde que Adán y Eva fueron tentados y cayeron en este pecado de la autosuficiencia. La soberbia, una de las causas principales de nuestra rebeldía contra Dios, es un gran estorbo para la fe. ¿Por qué? Porque suele acentuarse cuando todo nos va bien en la vida, haciéndonos sentir «muy importantes». Si uno cree que es un semi-dios, entonces no hay lugar para el Dios verdadero en su corazón. Por el contrario, un sentimiento de debilidad, ya sea físico, moral o existencial suele ser terreno abonado para la fe en Dios y para que su poder se manifieste.

Por supuesto, no siempre es así. Encontramos notables ateos que sufrieron mucho, como Nietzsche, atormentado por el aguijón lacerante de una terrible enfermedad que le llevó a la locura. No obstante, detrás de la frase «yo no necesito a Dios» se esconde muchas veces el pecado de la iglesia de Laodicea: la soberbia. «Tú dices, Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; pero no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo» (Ap. 3:17).

¿Concluimos, entonces, que *la fe es sólo para los débiles*? O como decía el mismo Nietzsche, ¿«hay que estar suficientemente enfermo para hacerse cristiano»? Una respuesta completa a este tema escapa al propósito de este artículo. Vamos a intentar resumirla brevemente. Si entendemos por «débiles» a personas con poca capacidad intelectual, de inteligencia pobre, entonces la respuesta es claramente no. Hay ejemplos rutilantes en la Palabra de Dios y en la Historia de hombres y mujeres con un intelecto privilegiado, líderes destacados y brillantes en todas las áreas del conocimiento humano que han tenido una profunda fe en Dios. Pero en otro sentido, sí, la fe es para los débiles, para los que se sienten «pobres» -primera bienaventuranza- al contemplar su pequeñez y su miseria delante de la grandeza y la santidad de Dios. Jesús mismo nos lo aclara de forma rotunda cuando dice: «Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar justos, sino pecadores al arrepentimiento» (Lc. 5:31-32). ¿Quiénes son los débiles a los que va dirigido el Evangelio? Los que comprenden que son *pecadores*. Este tipo de debilidad moral y existencial es el reverso del orgullo y la autosuficiencia; es la humildad que tuvo que aprender Pablo precisamente a través de la experiencia del aguijón. El propósito de su espina era prevenir la arrogancia, «para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente» (2 Co. 12:7).

En la práctica, ¿cómo actúa la gracia? En los próximos dos temas vamos a considerar los multiformes tesoros de la gracia en relación con la experiencia del aguijón:

- ◆ Fortaleza renovada: la gracia da fuerzas
- ◆ Cambio: la gracia transforma
- ◆ Madurez: la gracia enseña



## Cambio: La gracia transforma

*«Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades... »*

Uno de los efectos más importantes de la gracia en la vivencia del aguijón es su capacidad para producir cambios en la persona y en la situación. Esta idea la vemos en la frase «mi poder se **perfecciona** en la debilidad» (2 Co. 12:9). El verbo «perfeccionar» (el mismo que encontramos en Fil. 1:6) conlleva un sentido de maduración o crecimiento. Es importante observar la conjunción «*por tanto*», tan pequeña como significativa. Es el vínculo que une la breve respuesta de Dios que consideramos el mes anterior con la reacción de Pablo. Es decir, hay una clara relación de causa a efecto entre esta respuesta y las consecuencias sobre el apóstol. Cuando Dios habla al corazón, algo cambia.

Dios puede cambiar las circunstancias; y ello ciertamente ocurre a veces. Pero sobre todo Dios cambia a las personas. Y cuando esto sucede, incluso estas mismas circunstancias nos parecen distintas, como si de un paisaje nuevo se tratara. Esta fue la experiencia de Pablo. Su aguijón siguió siendo el mismo: el mismo dolor, la misma humillación. Pero algo ha cambiado de forma extraordinaria. En 2 Co. 12:10 el apóstol no parece ser la misma persona que escribe en 2 Co. 12:7. ¿Qué ha ocurrido? La gracia, este multiforme tesoro de recursos divinos, ha operado en Pablo una de sus funciones más propias: la transformación de actitudes.

El Espíritu Santo opera **tres grandes cambios** que configuran una profunda experiencia espiritual.

- ◆ Cambia la óptica: los «prismáticos» de Dios
- ◆ Cambian las actitudes: el aguijón pierde su veneno
- ◆ Cambia la situación: Dios abre caminos en el desierto

### Cambia la óptica: Los «prismáticos» de Dios

*«Para que la fuerza y el poder de Cristo puedan montar una tienda de campaña sobre mí y morar en mí»*

Dios no le quita a Pablo el aguijón, pero sí le quita los pensamientos negativos en relación con el mismo. Recordemos que el propósito de la terapia cognitiva es aprender a pensar positivamente. Para ello, el primer paso consiste en identificar y eliminar los pensamientos negativos. El siguiente paso, sembrar pensamientos positivos, aparece ahora en el texto con claridad. De hecho bastó con un solo pensamiento: «Mi poder se perfecciona en la debilidad». El Señor actuó con Pablo cual psicólogo perfecto.

Este pensamiento va creciendo, cual buena semilla, en la mente de Pablo. Con el tiempo llega el momento de dar fruto; ha asimilado la idea y la hace suya con convicción. Es entonces cuando ocurre un hecho decisivo para la aceptación del aguijón: *cambia su óptica*. Es como si el Señor le diera unas gafas nuevas, o mejor aún, unos prismáticos. Pablo ve la misma realidad, pero desde una óptica totalmente nueva, la lente le ha aumentado su campo de visión hasta límites inaccesibles para él sin la ayuda de los prismáticos. Ahora ve lo que Dios ve; su visión del aguijón se aproxima a la de Dios.

Y nos preguntamos, ¿qué ve Pablo ahora? Para ello, imaginemos el siguiente diálogo entre el apóstol y el Señor:

*Pablo, lo que tú ves como un impedimento, es un instrumento útil en mis manos.  
¿En qué forma, Señor? Me cuesta entenderlo.*

*El aguijón es una oportunidad para que mi poder repose sobre ti. Lo que tú ves como una maldición, es en realidad una bendición. Yo puedo usar algo malo para bien.*

En síntesis, la óptica egocéntrica es cambiada por una óptica cristocéntrica. Antes, cuando Pablo miraba al aguijón, veía a un pobre hombre abrumado por el sufrimiento, una situación injusta e inmerecida. Se sentía desgraciado y quizás olvidado por su Señor. Ésta es la visión que nace de la introspección. Ahora, por el contrario, cada vez que sufre los azotes del aguijón, ve a Cristo y su poder «reposando» sobre él. Una versión traduce la misma idea de una forma más poética: «para que el poder de Cristo pueda montar su tienda de campaña sobre mí». Qué refrescante panorama en medio de la aridez del aguijón. Es la diferencia entre mirar al «sótano» de la vida «o alzar los ojos a las alturas donde está Dios».

### **Cambian las actitudes: el aguijón pierde su veneno**

*«Por eso me regocijo en debilidades, insultos, privaciones, persecuciones y dificultades...»*

De forma natural este cambio de óptica produce un cambio de actitudes. No olvidemos que todo ello arranca de la base de unas fuerzas renovadas. Siguiendo con nuestro diálogo imaginario, ahora Pablo dice:

*Señor, esto es maravilloso; nunca había pensado que para ti todo era tan distinto. Ahora descubro que en mi debilidad está tu oportunidad. Si es así, **de buena gana llevaré este problema**. No sólo no me quejaré, sino que **me gozaré** porque sé que mis limitaciones son la ventana por la que irrumpe la fuerza de tu poder.*

Descubrimos, por lo menos, tres actitudes que han cambiado en Pablo:

**Gozo** en vez de queja: «por lo cual, por amor a Cristo, me gozo más bien en mis debilidades...» (2 Co. 12:10). Recordemos que el gozo es mucho más profundo que un sentimiento. Es la convicción serena de que «en todas estas cosas somos más que vencedores» porque «nada ni nadie nos podrá separar del amor de Dios en Cristo Jesús» (Ro. 8:37-39).

**Sumisión** voluntaria en vez de desafío: «por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades» (2 Co. 12:9). La lucha por deshacerse del aguijón deja paso a una sumisión plena a la «copa» que el Señor permite en su vida.

**Adoración** en vez de autocompasión. Aun cuando en el texto no aparece de forma explícita, la adoración viene implícita en estas actitudes del apóstol que glorifican a Dios. La adoración y la alabanza en la vida del creyente no quedan restringidas a momentos especiales, sino que son inseparables de *toda* su conducta, no son primeramente *actividades* sino *actitudes*.

Con estas actitudes nuevas, Pablo nos demuestra que el aguijón, aunque siga golpeándole de vez en cuando, ha perdido todo su veneno. Porque el mayor peligro del aguijón no estriba en el dolor físico que pueda causar, ni siquiera en sus alteraciones emocionales. Su efecto más devastador consiste en envenenar las actitudes llevando a la persona a la autocompasión, la rebeldía y la amargura. La persistencia de estas actitudes es la que acaba «matando» la ilusión de vivir. Por esta razón, para Dios es mucho más importante eliminar estas actitudes que quitar el aguijón. Pablo ha salido vencedor porque ha eliminado la ponzoña de su aguijón.

### **Cambia la situación: Dios abre caminos en el desierto**

*«He aquí que aquí yo hago cosa nueva;  
pronto saldrá a luz...»*

*Abriré camino en el desierto  
y ríos en la tierra estéril» (Is. 43:19)*

Hasta ahora hemos visto cómo la gracia transforma a las personas. Pero aun va más lejos que esto; la gracia puede cambiar situaciones y circunstancias. No nos referimos aquí a la adaptación normal que ocurre al final del proceso de ajuste, sino a cambios sobrenaturales operados por el poder de Dios.

La metáfora del desierto y la tierra baldía que el Señor utiliza en Isaías para dar a su pueblo esperanza de un futuro diferente se aplica muy bien a nuestro tema. El aguijón puede continuar largos años, a veces toda la vida como en el caso de Pablo. Pero en medio de esta situación de sequía y aridez, Dios provee oasis refrescantes -«camino en el desierto y ríos en la tierra estéril»- que nos renuevan las fuerzas y nos permiten seguir adelante. En la primera parte del texto la expresión «yo hago cosa nueva» significa literalmente «un renuevo», igual como el árbol en primavera saca los brotes tiernos, llenos de vida, tras un invierno largo y penoso. Al duro invierno le sigue la vida renovada de la primavera, con ilusión y fuerzas nuevas. Con esta doble metáfora, Dios le transmite al pueblo una sólida esperanza de un futuro diferente. Así ocurre también con la persona afligida por el aguijón cuando experimenta la gracia transformadora.

Descubrir esta otra cara del sufrimiento es experimentar que «en todas las cosas Dios obra para el bien de los que le aman» (Ro. 8:28 - NVI). Estamos aquí ante uno de los aspectos más singulares y misteriosos de la gracia, glorioso y difícil de entender al mismo tiempo. Al llegar a este punto pisamos «lugar santo» al que nos acercamos con reverencia y perplejidad a la vez, sin entender muy bien lo que estamos viendo como Moisés en Horeb (Éx. 3:1-5). Pero ahí está, de forma rotunda, la promesa; Pablo no deja lugar para la duda y afirma categórico, «en todas las cosas Dios obra para bien». Quedan, por tanto, incluidas aquí las vivencias de aguijón o cualquier tipo de sufrimiento, tal como después él mismo explica en la exhaustiva lista de Ro. 8:35. De una forma misteriosa y paradójica, el sufrimiento llega a ser un instrumento para que se cumplan propósitos concretos de Dios para nuestra vida.

Llegar a descubrir este «camino en el desierto» - lo bueno en el mal- puede llevar tiempo, a veces mucho tiempo. Pero cuando se consigue, produce un cambio revolucionario en la vivencia del aguijón. En este sentido nunca olvidaré la frase de unos padres que habían tenido un hijo con síndrome de Down: «Al principio se nos cayó el mundo encima, pero después ha sido como un ángel para nosotros, un ángel que Dios nos ha enviado. Antes siempre había discusiones y tensión en nuestro matrimonio. Desde que nació él, su dulzura y su cariño lo hacen imposible».

## Madurez: La gracia enseña

*«Para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente... para que no me enaltezca sobremanera» (2 Co. 12:7)*

Estamos viendo cómo los efectos terapéuticos de la gracia son progresivos e interdependientes igual que los eslabones de una cadena. La fortaleza de la gracia hace posible un cambio profundo de óptica y de actitudes. La renovación de fuerzas y la transformación interior llevan, a su vez, al tercer gran efecto terapéutico: **el aprendizaje de lecciones importantes**. No obstante, debemos clarificar un aspecto importante: no es el aguijón en sí mismo lo que nos hace madurar, sino nuestras reacciones al afrontarlo. No hay una relación directa causa-efecto. Si así fuera, podríamos cometer el grave error de glorificar el sufrimiento *per se* y caer en cierto masoquismo. Quiero reiterar que el sufrimiento es un mal que hemos de combatir con todas nuestras fuerzas en una batalla sin cuartel. No es el aguijón lo que nos ayuda a madurar, crecer o ser creativos, sino nuestras respuestas y actitudes ante él. La manera cómo afrontamos la prueba es lo que determina cuánto beneficio emocional y espiritual vamos a sacar. La misma prueba puede hundirnos o estimularnos. «Los acontecimientos nos dan dolor o alegría, pero el crecimiento viene determinado por nuestra respuesta personal a ambos, por nuestra actitud interior».

El valor pedagógico de la prueba es reconocido no sólo por los creyentes. Destacados especialistas en pedagogía y psicoanálisis ya apuntan desde hace tiempo en esta dirección. Desde Piaget hasta Françoise Dolto, pasando por otros expertos en la materia, nos muestran cómo el niño madura a base de resolver los pequeños problemas que la vida le depara. Aprender a afrontar la adversidad es imprescindible en el proceso de maduración emocional. Hasta tal punto es así que la mejor manera de convertir a una persona en inmadura es ahorrarle los problemas, darle una existencia libre de dificultades. Dostoievsky, en su autobiografía *Memorias del subsuelo*, afirma con un énfasis casi chocante: «El sufrimiento es un requisito imprescindible para aprehender el auténtico sentido de la vida». Las experiencias de aguijón nunca son estériles, siempre contienen un elemento pedagógico que contribuye a nuestra madurez como personas. Haríamos bien en recordar este principio en una sociedad que no le ve ningún sentido ni utilidad al sufrimiento, considerándolo absurdo y abriendo, así, la puerta a la eutanasia y el suicidio.

De la misma forma que nuestra reacción ante los problemas y dificultades estimulan la maduración psicológica, también contribuyen a nuestro crecimiento espiritual. Esta fue la experiencia de Job, resumida en sus memorables palabras: «De oídas te había oído, mas ahora mis ojos te ven» (Job. 42:5). Las tribulaciones por las que pasó le permitieron llegar a conocer a Dios de una forma más personal, distinta al conocimiento anterior. En nuestra situación hoy, las pruebas nos ayudan a ser más como Cristo. No olvidemos que las palabras discípulo y disciplina vienen de la misma raíz que significa instruir, enseñar. Debemos enfatizar, no obstante, que el propósito de Dios al permitir la prueba no es castigarnos sino enseñarnos. Así como las piedras brutas extraídas de la cantera necesitan ser talladas y pulidas, nosotros también debemos ser moldeados con miras a parecernos cada día más a Cristo. La enseñanza bíblica al respecto es abundante y muy clara: numerosos pasajes nos hablan del valor purificador y pedagógico del sufrimiento, de las pruebas y de las tentaciones. Dos ejemplos:

*«Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados» (He. 12:11)*

*«En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra...» (1 P. 1:6-7)*

El apóstol Pablo había experimentado en su propia vida este efecto transformador de las pruebas. Sus escritos y su propia vida nos recuerdan que la capacidad para afrontar el sufrimiento sin huir de él es una virtud moral que abre las puertas de nuestra transformación personal interior.

¿Qué tenía que aprender Pablo de su aguijón? Una gran lección en particular: el peligro de la jactancia y la necesidad de permanecer humilde.

### **Humildad, la lección principal**

Tan asumido tenía el apóstol el propósito del aguijón que empieza el pasaje con estas palabras: «para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente... para que no me enaltezca sobremanera» (2 Co. 12:7). Las revelaciones de las que ha hablado en los versículos del 1 al 6 constituían un arma de doble filo: por un lado, eran un privilegio inmenso, algo muy especial que sin duda le ponía por encima de otros creyentes; pero ahí radicaba también el peligro: eran un motivo de orgullo y podían llevarle a la jactancia, un sentimiento de superioridad espiritual muy contrario a la actitud deseada por el Señor. Dios no podía permitir que uno de los pilares de la Iglesia, el apóstol de los gentiles, sucumbiera ante uno de los pecados más arraigados en el corazón humano, el orgullo. Por esta razón, Dios se vale del enorme poder pedagógico del aguijón para enseñarle su error y su potencial pecado.

A veces nosotros nos encontramos en situaciones de riesgo parecidas. En nuestro caso probablemente no se tratará de revelaciones especiales, pero sí de situaciones de bendición, donde -como Pablo- nos sentimos muy privilegiados por el Señor. Ya sea en el campo profesional, material o incluso espiritual, el éxito conlleva inevitablemente un gran peligro: la jactancia, olvidando que «toda buena dádiva y todo don perfecto» proceden de Dios (Stg. 1:17). Es un pecado sutil que a veces incluso se puede revestir de espiritualidad. Ahí radicaba el peligro de Pablo, en la superioridad espiritual. La tentación suele venir en momentos de éxito, cuando las cosas nos van muy bien en la vida.

Por supuesto que no podemos generalizar la situación particular de Pablo y afirmar que todo aguijón siempre tiene como propósito el contener nuestra jactancia. He conocido innumerables personas afligidas por un doloroso aguijón en cuyo origen no había la más mínima sombra de actitudes incorrectas. Pero dicho esto, sí es cierto que el aguijón nos ayuda a ser más realistas en cuanto a nuestras miserias y limitaciones, nos recuerda la enorme fragilidad de nuestra vida. En síntesis, no todos los aguijones nacen de una actitud de jactancia, pero todo aguijón nos ayuda a cultivar la humildad que tanto ama el Señor: «Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu» (Is. 66:2). En Cristo, ciertamente cuando soy débil, entonces soy fuerte.

*Dr. Pablo Martínez Vila*

## Libros de José M. Martínez

- Contemplando la gloria de Cristo**, Editorial CLIE y Andamio, 2004, ISBN: 84-8267-361-0
- Cristo el incomparable**, Pensamiento Cristiano Publicaciones, 2008, ISBN: 978-84-935870-0-0
- El libro de Génesis**, Ed. Portavoz, 1998, ISBN: 0-8254-1738-4
- Escogidos en Cristo**, Editorial CLIE, 2006, ISBN: 84-8267-473-0
- Figuras Estelares de la Biblia**, Editorial CLIE y Andamio, 2007, ISBN: 84-7228-923-0
- Fundamentos Teológicos de la Fe Cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 2002, ISBN: 84-8267-244-4
- Grandes Cánticos de la Biblia**, Pensamiento Cristiano Publicaciones, 2008, ISBN: 978-84-935870-6-2
- Hermenéutica bíblica**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7228-833-1
- Introducción a la espiritualidad cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 1997, ISBN: 84-7645-984-X
- Job, la fe en conflicto**, Editorial CLIE, 1975, ISBN: 84-7228-211-2
- La Biblia dice...**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-054-0
- La España evangélica, ayer y hoy**, Editorial CLIE y Andamio, 1994, ISBN: 84-7645-771-5
- Ministros de Jesucristo I - Ministerio y homilética**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-329-1
- Ministros de Jesucristo II - Pastoral**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-330-5
- Por qué aún soy cristiano**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-178-4
- Salmos**, Editorial CLIE y Unión Bíblica, 1990, ISBN: 84-7645-410-4
- Salmos Escogidos**, Editorial CLIE, 1992, ISBN: 84-7645-538-0
- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2000, ISBN: 84-8267-135-9
- Tu vida cristiana**, Pensamiento Cristiano Publicaciones, 2008, ISBN: 978-84-935870-3-1

## Libros del Dr. Pablo Martínez Vila

- El Aguijón en la Carne**, Publicaciones Andamio, 2008, ISBN: 978-84-96551-71-8
- Más allá del dolor**, Publicaciones Andamio, 2006, ISBN: 84-9655101-5
- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2003, ISBN: 84-8267-133-2

## Folletos de José M. Martínez

- Creer o no creer, ésa es la cuestión**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- ¡Tanto sufrimiento! ¿Por qué?**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- La Biblia, mucho más que un libro**, Unión Bíblica de España